

La vanidad y su pequeño hilo de aceite. Creo que invento cosas, hincho el pecho y me sale un gorrion aleteando de los testiculos, la flema transparente parecida a una medusa. No es extravagancia. Es simplemente mirar. Cuando deserto y me harto de paracetamol o antibioticos me imagino que son gajos de una mandarina; creo que invento cosas nuevas; viene un libro reptando, se rie de mi; me quedo con el epigastrio y el esternon a dos manos. El problema es el mal. Creo que invento. El error se tuerce en las uñas mientras escribo. No me traiciono al decir mesa a mesa, silla a silla, hombre enfermo a hombre. Ojalá hubiera nieve. Pero seca. Hielo de aislapol como si alguien moliera los dientes de un caballo. Tengo la imaginación por los suelos. Escribo como todo el mundo. No hay trabajo. No es el escapismo de Houdini. Creo que invento cosas pero la muerte husmea. Afuera de mi cueva hay aire puro. No me gusta la atadura, ni la pronunciación del negro. Eso es mentira. La cola de desahuciados camina hacia el final. Escribo como todos. No hay trabajo. Un indice en mi pecho traza una cruz con pomada de mentol.

Te han clavado con urgencia dos tipos de rayo. El dolor, impronunciable, no es susceptible de oírse. La calle no sabe. El paseante, tácito. Con máquinas de iniciación te auscultan el punto. Lo adivinan. Lo punzan... Rebélate contra la morbosidad y los tributos al asco, contra los hospitales grises montados sobre un perro. Te ordeñan el hígado con profundidad abisal, el licor fosforescente de la médula ósea. Los miran, los infieren bajo lentes distintas; reacciones inesperadas en manos de súcubos. Si tienes ganas de gritar, de nada sirve el impulso. Anestesia por favor, un analgésico rojo vestido de azar. Que venga Miguel, el arcángel Zadquiél a disponer su azúcar. Que venga Manuel. Voy husmeando la noche por debajo del río. Siento el olor de las cocinerías. Es que verdaderamente me estoy muriendo. Mi inocencia al respecto es otro tipo de pérdida. El olor que me llaga es a marisco y nieve.

No reparar en la víspera. Escupir tantas veces en el riñón de titanio cuando la alarma grita; los electrodos invisibles; grumo contra la tráquea; país largo como sanguijuela. No reparar en lo obvio. Cuando se muere no hay cosa, mucho menos patria. Quien expira acerca una polilla de polvo al que sostiene su mano. Las habitaciones de hospital huelen a tenue azúcar quemada; las enfermeras suben por los pasillos anunciando la presencia del rayo. Tenemos que escondernos. De ti saldrá una sombra. Huye la radiación por la ventana entreabierta. La figura enquistada en el pulmón se torna ideograma de tinta. Aquí hay una perra al lado del féretro. Escapulario de madre, poetas frente al desahucio. Cosas que los chicos de mi barrio imaginan enganchados al respiradero. Mascarillas verdes como si apretaran la hoja de un nenúfar contra sí. Yacen los niños venidos del pueblo. Componen con esquelas la vulgaridad. Sus padres los apartan de la caja del enfermo por si cae granizo o sencillamente llueve.